

EL BUEN SIMÓN

ISABEL LEDEZMA RODRÍGUEZ

Nadie lo esperaba, pero tu corazón no quiso más. ¿Y ahora qué?...

Los niños no comprenden que nos has dejado solos, tienen hambre, los oigo buscar; el más grande ya entiende y no quiere jugar.

Pensé que me hacías daño cuando salías de casa y no llegabas a dormir; ahora me doy cuenta de que el daño apenas comienza.

¡Sí que duele! Tomar toda la responsabilidad de lo que juntos soñamos...

Duele escuchar a tus hijos cantar el hambre, y yo sin saber qué hacer. Tendré que buscar al compadre y pedirle prestado para el funeral.

¡Ay, Simón!

Si me hubieras hecho caso... Ya decía yo que tanto alcohol no era bueno, y tú tan preocupado que eras cuando llegabas borracho. Levantabas a tus hijos para verlos comer tus guisos. Aún recuerdo cuántas veces recibieron tus regaños por no hacerte el cumplido.

¡Ay, Simón!

Te dijiste satisfecho por mandarlos a la escuela. ¿Y ahora qué?

Ni siquiera los verás crecer. Tanto que averiguabas y te enojabas porque yo los dejaba salir a jugar. Quién lo iba a decir, ni siquiera los verás vagar por las calles para buscar un pan.

Y tú tan orgulloso que eras. Los vestiste de lo mejor, y si vieras hoy, Simón, que ni zapatos traen.

La casa se siente vacía sin ti, pero eso es lo de menos. Tengo tantas cosas en qué pensar... ¿Qué voy a hacer con el tendero?, ya no me quiere fiar.

Y, mira tú, nada seguro dejaste. Nomás la marrana que no alcanzó a engordar. A ver cuánto sale de la venta, luego que venga el compadre.

Si me hubiera preparado, todo sería diferente. ¿De qué sirvió cargar el costal? ¿De que sirvieron las abundantes cosechas si todo te lo gastaste?

¡Mira que dejarme así, después de que juntos trabajamos!

Te gastaste todo y bien que festejamos, invitamos al compadre y hasta a quien no conocíamos, pero todos esos que se dijeron amigos pronto desaparecieron, sólo uno que otro ha vuelto a ofrecerme ayuda a cambio de mis favores.

¡Ay, Simón!

Tú tan celoso que eras. Si hubieras estado aquí, te habrías liado a golpes como te gustaba hacerlo por cada tarugada. Aunque me gustaría que estuvieras, para decirte que descanso de los golpes que me dabas y de tu santa madre, que ya no vive aquí, se fue con tu hermana a ver si le va mejor. Nomás eso faltaba, que la tuviera que aguantar recordándome tus hazañas y reclamando tu lugar.

Pero, allá donde te encuentres, ojalá nos veas y te retuerzas de coraje viéndome cobrar tus engaños, porque ahora que te fuiste, dizque te salió otra mujer que venía a reclamar la herencia para los niños que le diste. Aunque siempre lo pensé, ahora que estoy segura quiero ir a tu tumba para pisotear la tierra que te cubre y gritarte cuánto te odio.

¡Ay, Simón!

Ya no te quiero recordar, no sea que de tanto invocarte, te vayas a levantar.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.